

conocemos), como contra el modernismo novecentista (ver las cosas embellecidas por el ocaso) y el clasicismo dorsiano (ocuparse de los objetos idealmente bellos). Tres opciones disponibles y rechazables.

La escritura es una suerte de artificio dionisiaco, defensa contra la disolución en la inercia que amenaza a toda moral de la inutilidad. Fatalmente compromete a quien escribe, aunque su punto de partida sea la disponibilidad, el no compromiso. Cuanto escribo me compromete, es una especie de contrato informulado, de fuente de obligaciones, porque supone un lector, un otro, alguien que se me asocia y me interpela, aunque yo no lo conozca ni llegue jamás a conocerlo. Los libros, por más que nos prometan explicarnos el más allá de la vida, acaban diciendo lo que ella dice: que nada hay. Los libros hablan de los libros, en una interminable glosa de glosas, una monteñana entreglosa. Y este tejido de signos es, bien mirado, lo que llamamos mundo. No la inalcanzable totalidad del cosmos, resistente en su impasible indiferencia, sino nuestro mundo, el de la pequeñez humana, que es lo más humano que tenemos, porque sólo nosotros somos capaces de reconocerla como propia.

Hay algo de pueril en este intento de entender a los demás a través de los signos, poniéndose a componerlos un domingo a la tarde, un día festivo y de buena mesa, cuando no hay tareas impuestas ni vida cotidiana, en el gran paréntesis rutinario de la rutina. Se trata de un juego, porque los instrumentos quedan liberados de sus funciones preconcebidas, y el juego es normalmente cosa de niños o de grandullones metidos a niños. No hay nada más candoroso que escribir una novela, sostiene Pla. Por mejor decirlo, con palabras catalanas, *ésser badoc*, estar encantado y desatento como un niño en domingo.

Pero el dionisiaco artificio de Pla, el juguete rabioso de Roberto Arlt, se subleva en medio del juego y pone en escena la escisión del yo, el que dice y el que es dicho, porque no estamos jugando con cubos de madera sino con palabras. Se revela como una indeliberada búsqueda de ese sí mismo de Montaigne, descriptible a pesar de ser enigmático. Una búsqueda que se diseña como una fuga de los lugares conocidos, de la gente reconocible, hasta que se vuelven extraños y siniestros, y hallamos nuestro espejo en lejanos espacios y en medio de esos intrusos entre los cuales Montaigne ansiaba morir.

Buena parte de la obra de Pla y cierto sector de la obra de Montaigne son crónicas e impresiones de viaje, testimonios de la errancia de un yo disponible que no tiene lugares propios. Ambos se «encontraron» en Italia. Montaigne escribió en la que luego sería lengua italiana, pidió la ciudadanía romana y proyectó instalarse en Venecia. Pla se reconoció en la civilización italiana a partir de una aseveración de Nietzsche: nada hay tan parecido al funcionamiento del espíritu como el funcionamiento del estómago. El hombre civilizado se pone a prueba al cambiar de comida,

al aceptar la cocina ajena, es decir el distinto modo de alterar el mundo natural en el acto de incorporarlo, de devorarlo, gustarlo, metabolizarlo y convertirlo en alimento y residuo.

Esta figura gastronómica me sirve para cerrar (qué poco Montaigne, qué poco Pla es cerrar un texto, lo reconozco) estas páginas. Invito a la mesa a Marcel Proust, y por varias razones. Proust, cuya noción del yo como resultado de la escritura que pone en escena la memoria involuntaria, proviene de Montaigne y el eslabón que los une es Chateaubriand (escritor que da nombre a un famoso *beaf-steak*). Pla lo acepta como a uno de los grandes, por su parecido con uno de los no tan grandes, el diarista catalán Francesc Rierola. Para asegurar la cadena, tal vez convenga implicar al duque de Saint-Simon –insoslayable en el caso de Proust–, memorialista que Pla había leído a rachas pero que enseguida tuvo en cuenta a propósito de sus precoces lecturas proustianas. En efecto, allá por 1919, cuando Proust apenas empezaba a ser notorio gracias al Premio Goncourt, el empecinado Joaquim Borralleras hizo de Pla uno de los primeros lectores de la *Recherche* en esta península.

Proust y Pla reactualizan algunos hallazgos de Montaigne y sostienen su vigencia a través del tiempo. La alusión gastronómica viene a cuento no sólo de las aficiones cibarias de todos ellos, sino también de que para Proust el orden fundamental de las metáforas que le permiten ordenar el mundo, es un orden alimentario, es la comida que ofrece la madre al niño y que es nuestra primera noción de objeto. De allí, los colores, los perfumes, los sonidos, las palabras y las formas cobrarán sus analogías y tejerán sus vínculos.

En los cinco escritores, la memoria tiene una función primordial y cabe armonizar sus enfoques de la facultad mnemónica, partiendo de su carácter involuntario, es decir de que recordar es dejarse recordar, ser recordado por alguien que aparece en el relato del recuerdo como un sujeto autónomo que nos interpela, diciéndonos: «Recuerda quién eres». Los muertos se muestran como vivos, el ayer se transforma en un solo instante y todo lo narrable adquiere la calidad del pasado. Tenemos pasado porque podemos contarlo. Si se prefiere: llegamos a tener un pasado. Pla añade una observación sobre el rol de la muerte en el desencadenamiento de la memoria. Recordamos cuando nuestro cuerpo teme perder algo, cuando una suerte de indigestión (por seguir con el modelo estomacal nietzscheano) nos indica que no queremos eliminar algo, que nos resistimos a olvidar.

En este punto aparece una discreta pasión de Pla, obsesiva como todas las pasiones y discreta como buena elección de un senequista: la historia. Contar no sólo es organizar el pasado, sino construirlo, historizar el tiempo. El caos de la actualidad se cristaliza al perder su calidad actual y el presente duplica sus dimensiones, al convertirse en el lugar donde se

alza la escena del pasado. Esa narración presente que convierte lo ocurrido en historia, es la revelación de la indolente y pueril tarea del escritor. Del que escribe sin proponerse cumplir un deber profesional, en un acto de caridad que es «la forma más alta de la elegancia». *Una passió aguanteda amb els ulls oberts.*

Blas Matamoro



Josep Pla (segunda fila, derecha) con los miembros de la Peña del Ateneo, en Santa Cristina d'Aro (Girona)



Josep Pla y Miguel Delibes, en Palamós (1972, aprox.)